



**Diseño:** Gerardo Miño

**Composición:** Eduardo Rosende

**Edición:** Primera. Mayo de 2014

**ISBN:** 978-84-15295-61-7

**Lugar de edición:** Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2014, Miño y Dávila srl / © 2014, Miño y Dávila SL

**MIÑO y DÁVILA**  
♦ EDITORES ♦

**Página web:** [www.minoydavila.com](http://www.minoydavila.com)

**Mail producción:** [produccion@minoydavila.com](mailto:produccion@minoydavila.com)

**Mail administración:** [info@minoydavila.com](mailto:info@minoydavila.com)

**En España:** P.I. Camporoso. Montevideo 5, nave 15  
(28806) Alcalá de Henares, Madrid.

**En Argentina:** Miño y Dávila srl  
Tacuarí 540  
(C1071AAL), Buenos Aires  
tel-fax: (54 11) 4331-1565

Julián Gallego / Miriam Valdés Guía

# EL CAMPESINADO ÁTICO

Y EL DESARROLLO DE LA DEMOCRACIA ATENIENSE



Estudios del Mediterráneo Antiguo / PEFSCCEA Nº 10

PROGRAMA 

**Consejo de dirección:**

MARCELO CAMPAGNO	(Universidad de Buenos Aires-CONICET);
JULIÁN GALLEGO	(Universidad de Buenos Aires-CONICET);
CARLOS GARCÍA MAC GAW	(Universidad Nacional de La Plata-Universidad de Buenos Aires).

**Comité asesor externo:**

JEAN ANDREAU	(École des Hautes Études en Sciences Sociales, París);
JOSEP CERVELLÓ AUTUORI	(Universidad Autónoma de Barcelona, España);
CÉSAR FORNIS	(Universidad de Sevilla, España);
ANTONIO GONZALÈS	(Université de Franche-Comté, Francia);
ANA IRIARTE	(Universidad del País Vasco, España);
PEDRO LÓPEZ BARJA	(Universidad de Santiago de Compostela, España);
ANTONIO LOPRIENO	(Universidad de Basilea, Suiza);
FRANCISCO MARSHALL	(Universidade Federal de Rio Grande do Sul, Brasil);
DOMINGO PLÁCIDO	(Universidad Complutense de Madrid, España).

# ÍNDICE

Prefacio .....	7
Introducción .....	9
CAPÍTULO 1	
El campesinado ático y la política .....	21
CAPÍTULO 2	
Campesinos endeudados y <i>hektémoroi</i> .....	69
CAPÍTULO 3	
Campesinos <i>átimoi</i> .....	91
CAPÍTULO 4	
El mito de la autoctonía y el campesinado .....	107
CAPÍTULO 5	
Manifestaciones de la religiosidad campesina .....	137
CAPÍTULO 6	
Los <i>zeugítai</i> y las clases censitarias .....	151
CAPÍTULO 7	
El patronazgo rural y la democracia .....	187
CAPÍTULO 8	
Control social, participación popular y patronazgo .....	197
CAPÍTULO 9	
El campesinado ático y la crisis del siglo IV .....	213
Conclusión .....	233
Bibliografía .....	239

*Para Domingo Plácido,  
nuestro maestro*

# PREFACIO

El presente libro es fruto de la colaboración que ambos autores han venido realizando en los últimos años a partir de líneas de trabajo en principio independientes pero coincidentes que, alimentadas por las recíprocas lecturas de las producciones de cada uno, han permitido la confluencia en un proyecto en común. Con análisis centrados en la Atenas arcaica, la formación de la *pólis*, la relación entre política y religión<sup>1</sup>, o en la Atenas clásica, el desarrollo de la democracia, la organización socioeconómica del mundo rural<sup>2</sup>, para ambos la situación histórica inherente al campesinado ha sido una base fundamental para comprender los problemas que se abordan en este volumen. Esta coincidencia de intereses empezó a concretarse con la confección de un trabajo en común y sucesivas discusiones que condujeron al planteamiento de los ejes de este libro, aportando y revisando para ello los textos que lo conforman.

La concreción de este proyecto ha sido posible gracias a las ayudas recibidas, tanto para la realización del proyecto como para la publicación del libro. En el caso de Julián Gallego el agradecimiento va dirigido a la Universidad de Buenos Aires (UBA) y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que han financiado parte de la investigación y de la edición de los resultados de la misma. En efecto, la UBA y el CONICET han sostenido las indagaciones desarrolladas como parte de las tareas inherentes a las funciones que se desempeñan en ambas instituciones como investigador de planta, a través de la acreditación de líneas de trabajo afines a las problemáticas de este libro. Pero también han aportado fondos específicos a partir de subvenciones otorgadas al

- 
- 1 E.g. M. Valdés Guía: *Política y religión en la Atenas arcaica. La reorganización de la pólis en época de Solón*. Oxford, 2002; *El nacimiento de la autoctonía ateniense: cultos, mitos cívicos y sociedad de la Atenas del s. VI a.C.* Madrid, 2008; *La formación de Atenas. Gestación, nacimiento y desarrollo de una pólis (1200/1100-600 a.C.)*, Zaragoza, 2012.
  - 2 E.g. J. Gallego: *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*. Buenos Aires, 2003; *Campesinos en la ciudad. Bases agrarias de la pólis griega y la infantería hoplita*. Buenos Aires, 2005; *El campesinado en la Grecia antigua. Una historia de la igualdad*. Buenos Aires, 2009.

proyecto *Prácticas estatales y formas de organización política e institucional en el mundo greco-romano* (UBACyT 200-200901-00044 [2010-2012]), en el primer caso, y al proyecto *Configuraciones políticas y representaciones simbólicas en la Atenas clásica. Interacciones entre los dispositivos y prácticas de la democracia y el discurso cómico del teatro* (PIP-CONICET 112-200801-03194 [2009-2011]), en el segundo caso. En cuanto a Miriam Valdés Guía el reconocimiento va dirigido a la Universidad Complutense de Madrid en la que desarrolla su actividad de investigación a partir de líneas de trabajo relacionadas con los contenidos de este libro. Asimismo, el agradecimiento es para el Ministerio de Ciencia y Tecnología, que también aportó fondos para la edición del libro a través del proyecto *Santuarios urbanos y extraurbanos: religión y configuración territorial y ciudadana de la pólis arcaica y clásica* (HAR2009-07819), y para el Ministerio de Economía y Competitividad, que financia actualmente el proyecto *Identidad ciudadana en la pólis griega arcaica y clásica y su proyección espacial y cultural* (HAR2012-30870).

J.G. – M.V.G.



# INTRODUCCIÓN

Este libro presenta un análisis histórico de la antigua Atenas tomando como hilo conductor las transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales protagonizadas por el campesinado ático, que condujeron de una situación en la que muchos labriegos se hallaban en una posición de marginalidad, dependencia y explotación a otra en la que pasaron a detentar la condición de ciudadanos con plenos derechos ocupando el centro de la escena política. En este contexto, aunque dentro de ciertos límites, podría ser de utilidad el modelo aristotélico de democracia agraria para tratar de dar cuenta del desarrollo de la organización política ateniense a partir de la situación del campesinado; según esto, el estatus social y la inserción institucional que pudo adquirir en las distintas etapas de la historia ateniense se vislumbran tanto en la incorporación de las aldeas a la estructura del estado, como en la relación de los labradores hoplitas con los aristócratas terratenientes y con las clases sociales situadas por debajo de los *zeugitai*. Este modelo implica, pues, atender a la inserción institucional y la intervención política de los labriegos como parte integrante de la ciudadanía, tanto de los hoplitas como de los rangos inferiores a éstos. Es así que la *pólis* ateniense de época clásica puede pensarse como un sistema político democrático basado en la presencia de ciudadanos agricultores que controlaban la mayor parte de la tierra, constituían la mayoría del cuerpo cívico y el ejército hoplita y, por ende, tenían un papel determinante en el funcionamiento del gobierno.

Esta historia del campesinado ateniense supone, pues, un recorrido marcado por mutaciones que a lo largo de los siglos VIII a IV a.C. delimitan diferentes etapas. El primer momento a señalar en este desarrollo es el proceso de sinecismo ateniense, que se ha percibido como excepcional respecto de la mayor parte de los casos basados en la integración de aldeas previamente dispersas. En Atenas, en cambio, parece que jamás dejó de existir un centro político de referencia. Para distinguir la formación de la *pólis* ateniense del proceso característico de la mayoría de las *póleis*, Whitehead (1986: 8) ha propuesto denominar *sympoliteía* al caso de Atenas y *synoikismós* a los demás casos. Pero según Hansen (1995: 56), el

fenómeno de la *sympoliteía* es tardío, puesto que se desarrolla en el siglo IV y florece en época helenística. En todo caso, en Atenas no se habría producido la congregación de la población en un núcleo único sino el desarrollo de un movimiento centrífugo que en la práctica terminaría produciendo una suerte de colonización interna a partir de la instalación en enclaves rurales dispersos.

Pero se ha señalado también la existencia de un sinecismo típico de comunidades preexistentes algunas de las cuales tal vez tendieran ya hacia la forma de la *pólis*. Refiriéndose a la formación de la *pólis* ateniense Bintliff (1994; 2006) opta por la idea de *sympoliteía* en vez de la de *synoikismós*; sin embargo, su explicación permite integrar perfectamente el desarrollo ateniense en el cuadro más general que se aplica a la mayoría de los procesos. En efecto, según Bintliff es necesario dar crédito a las leyendas de la edad oscura que indican la existencia de centros de población que compiten entre sí, hasta que en los inicios de la era arcaica Atenas adquiere el lugar y el rol de centro único de la *pólis*. Pero esto no significó la desaparición de otros focos protourbanos con importantes poblaciones. Es en relación con estos focos grandes o medianos que otros de menor tamaño, o incluso poblados que luego no se institucionalizaron como demos, pueden concebirse como aldeas satélites que, en términos de la dinámica de ocupación y explotación del paisaje agrícola, se comportarían como *kômai* vinculadas a conurbaciones cercanas más grandes. Para Domínguez Monedero (1999: 59) ambos procesos no resultan contradictorios ya que, debido a la extensión del Ática, pudieron existir centros que alcanzaran niveles importantes de autonomía. La continuidad de la ocupación de Atenas durante la edad oscura y la similitud de los restos hallados allí y en el Ática no suponen una unidad estatal inmediata sino que ésta pudo ser el efecto de desarrollos posteriores. Atenas, pues, puede encuadrarse en el proceso general inherente al surgimiento de la *pólis*.

Ahora bien, esta unificación no supuso la inmediata incorporación del campesinado en el manejo político de la *pólis* naciente, que estuvo por largo tiempo en manos de los aristócratas. Desde las condiciones que se generan en la era arcaica, cuando las aldeas se agruparon en torno a un centro común dando origen material al estado-*pólis* pero cuando muchos labradores seguían marginados del control de las instituciones de la ciudad, y se percibían por ende como excluidos, no nos sería posible comprender por qué en la época clásica los campesinos llegaron a ser y se percibieron a sí mismos como miembros plenos de la comunidad

ciudadana. En efecto, en la situación previa a Solón buena parte de los campesinos había caído en dependencia por deudas –algunos fueron incluso vendidos como esclavos fuera de Atenas–, situación de exclusión extrema motorizada por los aristócratas que gobernaban la ciudad.

Esto nos conduce a la segunda etapa de esta historia del campesinado, referida a la situación de los labradores y de la tierra del Ática en la Atenas presoloniana. Se trata, ciertamente, de un tema muy debatido sobre el que se puede plantear una variedad de posibilidades en relación tanto con los labradores como con la tierra. Pero un elemento clave para entender los procesos que se producen radica en reconocer la existencia de dos situaciones dentro del campesinado ático, que se corresponderían con las posiciones respectivas de los *zeugítai* y los *thêtes* posteriores: por un lado, los pequeños o medianos poseedores de una parcela pero en proceso de degradación social con posible pérdida de la propiedad; por el otro, los hectémoros o *thêtes* sin propiedad sobre la tierra que trabajaban, que podían ser aparceros o arrendatarios pobres que vivían en situación de dependencia personal, en continua tensión y precariedad; es factible que miembros de ambos grupos fueran literalmente vendidos como esclavos.

La opresión que los nobles ejercían sobre los campesinos áticos antes de Solón no se restringía a los aspectos puramente económicos ligados a la propiedad de la tierra, la explotación, el acceso a la subsistencia, etc., sino que implicaba intrínsecamente el control de los resortes del poder político, judicial y religioso. Con el objetivo de apropiarse de más tierras y de convertir en esclavos a los campesinos, la aristocracia ateniense se reservaba el derecho exclusivo a la aplicación de la justicia tanto a nivel local, a través de relaciones de patronazgo y clientelismo con los grupos dependientes, como a nivel central, a través de las magistraturas judiciales en el *ásty*. Hasta la instauración de la Heliea con las reformas solonianas los labradores carecían de medios (jurídicos o legales) para defenderse de las expropiaciones de tierras; e incluso después de Solón, temiendo caer de nuevo en dependencia y perder la ciudadanía, se alinearon decididamente con Pisístrato, que a través de una política de ayuda a los ciudadanos pobres buscó quebrar los clientelismos regionales organizados por los poderosos. Como consecuencia de las prácticas de los aristócratas a través de los poderes políticos y judiciales que detentaban, muchos campesinos endeudados y sometidos del Ática presoloniana se habían convertido en *átimoi*. En este contexto, se debe considerar la posible inclusión entre las medidas legislativas de Solón de una ley de amnistía

destinada a rehabilitar a los *átimoi*, disposición que se hallaría evocada en documentos posteriores. La Atenas del siglo VII parece haberse convertido en una sociedad poblada de pobres, muchos de ellos *átimoi*.

En este marco es posible encuadrar ciertas manifestaciones religiosas campesinas, como el culto a Zeus “de la lluvia” en lugares del Ática del siglo VII vinculados con el trabajo agrícola y especialmente en el monte Himeto, que conllevan implícita o explícitamente modos de resistencia a la opresión aristocrática. Para los campesinos sojuzgados de esos momentos estas prácticas se convirtieron en un vehículo de expresión de sus aspiraciones, a través de la nueva técnica de la escritura en el contexto de una sociedad y una cultura orales; en ellas se unen de forma estrecha la justicia y la agricultura, exteriorizadas en el culto a Zeus que contempla estas dos “vertientes”, tal y como aparece también en los *Trabajos y días* de Hesíodo.

Durante el siglo VI, aglutinadas las comunas aldeanas en torno a un centro único, la situación del campesinado ático había empezado a cambiar con respecto a lo que nos muestra la Atenas presoloniana. Esto nos introduce en el tercer momento de las transformaciones en la historia ateniense en torno del campesinado. Desde entonces los labradores no sólo formarían parte de la *pólis* sino que se percibirían a sí mismos como incluidos dentro de las instituciones de la ciudad, generando el ascenso del pueblo a la participación política y limitando en consecuencia el poder de la aristocracia. El siglo VI está marcado por este proceso de ascenso de los labradores atenienses. Con las reformas de Solón el campesinado adquirió el derecho de ciudadanía y la participación cierta en la comunidad cívica, impidiéndose en el futuro su caída en dependencia de los terratenientes. Las medidas de Pisístrato buscaron restringir el predominio de los terratenientes sobre los campesinos otorgándoles a éstos una mayor autonomía en el plano socioeconómico. En fin, las reformas de Clístenes convirtieron a las aldeas rurales en municipios institucionales del estado ateniense sentando las bases de la democracia.

Estas transformaciones en la situación del campesinado ático, pasando de la esclavización anterior a Solón a la liberación tras la *sisactía*, van a quedar refrendadas a través de rituales y cultos religiosos, como se percibe en la denominación *Gaia Eleúthera*, la Tierra libre del Ática asimilada desde entonces tanto a la Madre de los dioses como a Deméter. Esto se liga claramente con la integración de los campesinos (*ágroikoi*) a la ciudadanía, un beneficio que se vincula de modo especial con la tierra y que ya no corresponde únicamente a los *áristoi*, hecho que se

percibe tanto en el plano ideológico como en la situación práctica de los labradores después de la actuación de Solón. En relación con el héroe Erecteo o Erictonio la “Madre de los dioses olímpicos” comienza a considerarse como la “Madre” de todos los atenienses. Todo esto se va a reflejar en la celebración de las Genesias, cuyo lugar en el calendario va a quedar situado junto a las Boedromias en tanto que conmemoración relacionada con la guerra, adquiriendo también las Genesias una probable proyección en este sentido. Se trata de una situación en la que la ampliación de los derechos cívicos se liga con la función militar, al menos para una parte del *dêmos*, en la medida en que puede empezar a costearse el armamento; y, como antiguamente los aristócratas en relación con Erecteo, en cierto modo ese sector del *dêmos* es entonces heroizado, como se percibe a través de la figura de Telo, el hoplita.

Si en la era arcaica el campesinado aún no participaba de la toma de decisiones políticas aunque las aldeas estuvieran ya espacialmente integradas en la ciudad, en cambio, a partir de Solón vemos cómo los labradores comienzan a incluirse en el cuerpo político efectuándose la mutación que lleva a su ciudadanía plena. La morfología y el funcionamiento de la *pólis* ateniense en la época clásica implican no solo la agregación de aldeas campesinas en la comunidad emergente tras los procesos de sinecismo sino también la introducción de un factor nuevo respecto del alto arcaísmo, en la medida en que el campesinado adquiere plena participación en las decisiones políticas. Es cierto que existe ya una centralización estatal, pero esto no constituye lo que se ha definido como un estado-ciudadano (Runciman, 1990: 348; Morris, 1991: 50; Hansen, 1993: 7; Whitley, 2001: 165-68). Fueron las luchas políticas y sociales del campesinado ante la monopolización del poder por parte de la aristocracia las que condujeron a la constitución del derecho de ciudadanía y el cuerpo cívico, permitiendo la inclusión de ambas clases en un plano de igualdad política que dejó de lado la polarización arcaica.

De lo anterior cabe deducir que un elemento importante en el funcionamiento de la *pólis* ateniense de época clásica era la idea de la política definida comunitariamente en tanto que instancia reguladora del funcionamiento social. Como se verifica en la democracia ateniense, esto permitió que quienes carecían de tierras no quedaran excluidos de la comunidad, admitiendo otras formas de participación en materia económica, actuando políticamente sobre los terratenientes para imponer límites a su acumulación, o incluso distribuyendo tierras a quienes no las poseían cuando las circunstancias lo hacían posible. En la Atenas

clásica la política aparecía articulando las relaciones sociales en tanto que todas las esferas quedaban organizadas por este plano que definía los parámetros de inclusión en el ordenamiento de la *pólis*. Ya no se trataba únicamente de ser propietario de un lote de tierra de modo tal que ello implicara, en forma inmediata, ser miembro de la comunidad formando parte así de la organización social. Se trataba, ante todo, de pertenecer al cuerpo cívico teniendo acceso así a la política como procedimiento que igualaba entre sí a los miembros del estado-ciudadano.

Estas consideraciones nos conducen a la cuarta etapa de esta historia del campesinado y del desarrollo de la democracia en Atenas. A finales del siglo VI y comienzos del V, tras las reformas de Clístenes, se había buscado superar la oposición entre ciudad y campo tratando de relegar toda distinción entre habitantes urbanos y rurales. Esta fue una de las consecuencias de la integración de las aldeas en el funcionamiento institucional de la ciudad, pues las reformas de Clístenes revitalizaron las comunas aldeanas de un modo eminentemente político, como se percibe claramente en la *Constitución de los atenienses* (21.4-6) atribuida a Aristóteles: “Repartió el territorio (*khóra*) por demos... E hizo compañeros (*demótai*) entre sí a los que habitaban en el mismo demo, para que no quedasen en evidencia los ciudadanos nuevos llamándose por el patronímico (*patróthen*), sino que llevaran el nombre de los demos, desde lo cual los atenienses se llaman a sí mismos por los demos. [...] Los linajes (*gené*), las fratrías y los sacerdocios dejó a cada demo conservarlos según la tradición (*katà tà pátria*)”.

A partir de los datos disponibles puede conjeturarse que en cada demo debió haberse producido la conformación o consolidación de identidades particulares, pues, como indicaba Tucídides (2.14-16), desde la llamada antigua constitución los atenienses desarrollaron una pauta de asentamientos rurales autónomos que se asociaban a la posesión de fincas y la edificación de templos propios. Los cultos religiosos, como las Dionisias rurales, también tuvieron su peso en el afianzamiento del patriotismo local, lo cual está confirmado por los datos disponibles. El hecho de que los atenienses empezaran a reconocerse por el nombre del demo (*demotikón*) significó que los ciudadanos desde el nacimiento tuvieran como punto de referencia a su patria local. Es probable que esto corroborara elementos preexistentes y que la política de Clístenes se apoyara no solo en los núcleos rurales previos sino también en las identidades locales subordinadas hasta ese momento por la vigencia del gentilicio, convertido claramente en un símbolo de la aristocracia. En este sentido,

es interesante comprobar que los nombres de los demos se establecieron según los héroes epónimos o los lugares, cuestión importante porque el culto del héroe fue un elemento cardinal en la constitución de los santuarios rurales. Asimismo, se observan elementos de larga duración en la disposición de Clístenes permitiendo la conservación de los antiguos usos en cuanto a los linajes, las fraternías y los sacerdocios.

Ahora bien, el hecho de que cada ciudadano tuviera que inscribirse en el demo paterno nos conduce a la comuna local como ámbito de los matrimonios. Es verdad que no era necesario residir en un demo para pertenecer a él y que, al menos desde un decreto de Pericles de 451/50, lo importante era que padre y madre fueran atenienses para transmitir el derecho de ciudadanía a los hijos que el matrimonio pudiera tener. Pero en la práctica el casamiento implicaba que un ciudadano de un demo se casara con una mujer que era hija de un ciudadano que estaba inscripto en el mismo o en otro demo. Esto tendría su origen en la especificidad del caso ateniense y se trataría de un elemento más que nos mostraría la importancia política de los demos en cuanto al registro de los ciudadanos atenienses, pues reconocer a un hijo como ateniense significaba indirectamente reconocer la pertenencia de sus padres a la ciudad por mediación de algún demo en particular. Así, a pesar de que ciertos vínculos de parentesco, cultos religiosos y otros aspectos se conservaron dentro de los demos según las prácticas ancestrales y que los límites territoriales de los demos se fijaron a partir de condiciones preexistentes –puesto que su existencia se ligaba a extensiones de tierra establecidas, con fronteras naturales que solían separar a unos demos de otros–, las aldeas se convirtieron en distritos jurisdiccionales de la *pólis* ateniense sobre la base de una población ciudadana delimitada a partir de un criterio locativo que buscó y que consiguió desligar a los labradores de los linajes nobles tradicionales, posibilitando una mayor participación política del campesinado.

Según Whitehead (1986: 223-34) el demo ático puede concebirse como una “comunidad ideal”, mientras que para Wood (1988: 126-30) es una colectividad que se acerca bastante a la idea campesina de una “aldea libre”. Si bien esto no entraña uniformidad en cuanto a los rasgos específicos de cada aldea ática, este marco general permite conjeturar que se trata de una sociedad basada en un campesinado con capacidad para el manejo autónomo de sus propios asuntos colectivos. Es por ello que Aristófanes (*Asambleístas* 673-675) pudo imaginar a la *pólis* como un gran *oikos* o como una comunidad que para funcionar de manera

equitativa debería basarse en los lazos peculiares de los demos áticos. Esto se encuadra en la idea planteada por Osborne (1990: 277) al sugerir la existencia de un modelo dominante de organización en el que los demos no modelaban su funcionamiento a partir de la *pólis* ateniense, sino que hacían que ésta funcionara como una aldea comportándose aquéllos a su vez como *póleis*, modelo que generaliza al señalar que la ciudad funcionaba como una aldea ampliada.

La resignificación de las aldeas como demos ligados institucionalmente al funcionamiento de la *pólis* ateniense nos sitúa en otro de los ejes centrales que este libro aborda: la articulación entre la historia del campesinado y la de la democracia en Atenas. De manera general, este vínculo entre los labradores y el sistema político e ideológico del estado-ciudadano dio lugar a formulaciones preceptivas que captaron sintéticamente el ordenamiento establecido: la tierra como escuela de ciudadanía siendo aquellos que trabajan sus campos los mejores soldados (cf. Jenofonte, *Económico* 5.4-5; 6.6-7, 9-10; [Aristóteles], *Económico* 1343b 2-6). En Atenas, esta identidad giraría en torno a los *zeugítai*, que han sido considerados prácticamente como equivalentes a los hoplitas, aunque recientemente esta asociación entre unos y otros ha sido discutida. Pero más allá de esto último, lo que resulta incuestionable es que la posición de clase representada por los *zeugítai* implicaba una riqueza ligada al modelo del hoplita, al cual se integraban obviamente los aristócratas y, en ciertas circunstancias, los pobres sin tierras o con escasas propiedades que se hallaban por debajo del censo hoplita.

No obstante, para van Wees (2001: 47-51) la posición de clase de los *zeugítai* en Atenas se correspondería con la de los propietarios acomodados pertenecientes a la clase ociosa ateniense (poseedores de un mínimo de 8 o 9 ha cada uno si no se toma en cuenta la necesidad de barbecho, o de unas 16 ha si se incluyen las tierras que periódicamente quedaban sin cultivar). La riqueza que atribuye a estos agricultores haría de ellos “no granjeros que trabajaban una propiedad solo suficiente para mantener su independencia económica, sino terratenientes que podían permitirse el lujo de vivir del trabajo de esclavos, trabajadores, aparceros y arrendatarios. Ellos eran lo suficientemente ricos para contar como miembros de las ‘clases ociosas’” (van Wees 2006: 361). Al integrar a los *zeugítai* en la elite, que representaba un 15 o 20% de la población ciudadana, el autor cuestiona que hubiera una “clase media” de labradores y propone que en el siglo V los *thêtes* fueron regularmente empleados como hoplitas.



Sin embargo, la interpretación de las evidencias permite pensar que la gran mayoría de los *zeugítai* atenienses del siglo V quedaba comprendida en la clase de los campesinos medianos, que constituía el grueso de los hoplitas, no formaba parte de la clase ociosa y, a veces, se encontraba alineada con la clase de los *thêtes*. Desde la época de Solón, este amplio grupo de campesinos, frecuentemente asociado con el sector de los que alcanzaban el estatus hoplita, englobaba a aquellos que eran propietarios de lotes que oscilaban entre 4 y 6 ha, conforme a cálculos modernos, y se caracterizaban por la posesión de una yunta de bueyes. Esto último parece haber sido el elemento central para definir la situación de los *zeugítai* en el marco de la organización en clases censitarias establecida por Solón, un sector cuyos miembros eran equiparados con los *ágroikoi* en la aristotélica *Constitución de los atenienses* (7.3-4; 13.2).

Es a partir de esta situación lograda por el campesinado en Atenas que Garnsey (1998: 91-150) proponía la condición de “gran excepción” de los labradores áticos en comparación con los agricultores romanos, hecho que para Ste. Croix (1981: 213, 225, 285-89) se asociaba con la democracia como factor de protección efectiva contra la explotación para los campesinos. Según Jameson (1977/78), esto habría posibilitado que los labradores atenienses usaran regularmente algunos esclavos sobre los que descargaban ciertas actividades laborales logrando así tiempo libre para atender los asuntos políticos y militares como ciudadanos y soldados con plenos derechos para participar en la vida institucional de la *pólis*. En cambio, para Wood (1983; 1988: 51-80) la situación excepcional de los campesinos atenienses se relaciona con la ciudadanía y el protagonismo político que habían obtenido, todo lo cual redujo realmente la necesidad de intensificar el trabajo en la medida en que limitó la producción de excedentes de un modo desconocido por otras sociedades campesinas. En efecto, los agricultores atenienses podían realizar las tareas productivas así como atender los asuntos políticos y militares por sí mismos, puesto que el hecho de encontrarse exentos del pago de rentas o tributos les permitía utilizar para sí mismos el tiempo libre que no dedicaban a producir excedentes para otros, tornando compatibles los trabajos rurales con la participación institucional activa.

El hecho más notable es, pues, esta interpretación coincidente en cuanto a la existencia de una clase de agricultores libres no sujeta a la entrega regular de excedentes para los terratenientes o el estado. En este marco, la relativa austeridad de los cultivadores áticos que trabajaban por y para sí mismos ha llevado a pensar que se trataba de campesinos

que dependían de una agricultura de subsistencia. Por ende, la definición tradicional del campesino como un productor sometido a poderes externos de explotación ha tenido que ser acondicionada para el caso ateniense. Precisamente por esto mismo, se ha sostenido que el bajo nivel tecnológico no autorizaba a considerarlos campesinos sino granjeros porque carecían de una cultura tradicional específica propia del campesinado. Pero más allá de estas diferencias interpretativas, lo que debe resaltarse es que, económica y socialmente hablando, la Atenas clásica se basó en una clase de labradores libres y autosuficientes, punto hoy en día bastante aceptado.

Sin embargo, esto no ha inhibido la posibilidad de analizar la existencia de relaciones de patronazgo y clientelismo en Atenas durante las eras arcaica y clásica, y de discutir la pertinencia de ambas categorías para el estudio de las instituciones políticas y sociales. A lo largo del período indicado es preciso identificar distintas etapas jalonadas por las mutaciones producidas por la legislación de Solón, la tiranía de Pisístrato, las reformas de Clístenes y la política de Efialtes y Pericles. Durante este proceso se produjeron diversas transformaciones que afectaron, por un lado, los vínculos entre los aristócratas y los campesinos que podían constituir su clientela, y, por el otro, el rol del estado en la organización de redes de distribución de riqueza. Esto hizo perder peso a las formas tradicionales de patronazgo en el marco sociopolítico global marcado a partir de entonces por la importancia de la competencia por el liderazgo dentro de las instituciones centrales de la democracia ateniense. Pero trabajos recientes han cuestionado que en época de Pericles la sustitución del patronazgo privado por una especie de “patronazgo” comunitario hubiera sido tan radical como se había creído. Las revisiones realizadas han limitado los alcances de esta sustitución o bien diferenciando el ámbito urbano del rural, o bien señalando la continuidad del patronazgo pero con un lenguaje que remarcaría no tanto la asimetría como la reciprocidad entre las partes que se vinculaban a través de los lazos interpersonales. No obstante, los efectos de la democracia sobre la sustitución del patronazgo, en especial desde la segunda mitad del siglo V a.C., parecen avalar la idea de que, aun concediendo cierta continuidad de las relaciones clientelares, a partir de entonces las prácticas políticas y una genuina participación popular hicieron perder peso al patronazgo en la medida en que los aristócratas debieron adecuarse al marco impuesto por la política del *démos*.

Esto otorgaría al campesinado ateniense una significativa estabilidad, fenómeno de larga duración que supone la conservación continuada del acceso a la tierra. Esta estabilidad de la clase campesina es reflejada por algunas correlaciones numéricas sobre la condición socioeconómica de la población ateniense y por la larga duración de los demos rurales que eran básicamente aldeas campesinas. En cuanto al primer punto, debe tenerse en cuenta que con una población de alrededor de 30.000 ciudadanos adultos en el siglo IV –seguramente más antes de la Guerra del Peloponeso– unos 2.000 constituían la clase propietaria más rica, en tanto que a finales del siglo V solo unos 5.000 ciudadanos carecerían de tierras. Esto permite conjeturar que entre estos dos extremos nos hallaríamos ante un conjunto integrado por campesinos con diferentes niveles de riqueza, muchos de los cuales vivían ante todo del propio trabajo en sus lotes. Pero esta estabilidad fue antes que nada producto de decisiones políticas, de manera que fue gracias a medidas como las adoptadas durante el siglo VI por Solón, Pisístrato y Clístenes que el campesinado ateniense pudo gozar de una situación favorable.

En efecto, entre las regulaciones establecidas durante el siglo VI estaban aquellas que buscaban que los labriegos no transfirieran sus parcelas a los terratenientes, como por ejemplo la que disponía que en caso de no haber herederos un *ápais* pudiera testar adoptando a alguien de modo que el lote continuara ligado a la familia que lo venía usufructuando. En cualquier caso, las normas instauradas en el siglo VI habrían buscado que los terratenientes no acaparasen los lotes de los pequeños productores mediante compra u adopción, dispositivos que muchos creen que dejaron de funcionar en el siglo IV tornando posible una mayor concentración de la propiedad, que solo observamos con toda claridad recién para la época helenística.

En este sentido, las perspectivas de las últimas décadas sobre la situación del campesinado ático durante el siglo IV a.C. se han transformado en la misma medida en que han cobrado fuerza interpretaciones coincidentes que descartan una crisis o un declive de la agricultura en Atenas tras la Guerra del Peloponeso. Por el contrario, diversos indicadores dan cuenta de un auge renovado que más temprano que tarde parece hacer olvidar las incidencias inmediatas de las contiendas militares sobre la labranza, lo cual daría sustento a quienes afirman la continuada importancia de la granja familiar campesina como unidad productiva a través de la cual se organizaba una parte significativa de la economía rural ateniense. Esto nos permite llevar a cabo una revisión del lugar común

que había postulado un abandono del ideal del campesino-ciudadano a lo largo del siglo IV. Tanto la recuperación de la agricultura como la renovada presencia del campesinado ático pueden sostenerse a partir de los estudios sobre la participación política y militar de los labradores, las condiciones de la población y la agricultura, etc., que muestran que la situación del Ática en el siglo IV no se condice con la propuesta de una crisis o abandono de dicho ideal. Ciertamente, es factible que las circunstancias aludidas se correspondan mejor con las condiciones de los labradores medianos, los *zeugítai* solonianos, cuya cuantificación resulta problemática. Por debajo de este grupo se hallaban los miembros más pobres de la ciudadanía, los *thêtes* solonianos, también difíciles de calcular en su conjunto, entre quienes tal vez se verificara una situación más precaria que la que habían conocido en el siglo anterior, aun cuando siguieran vigentes ciertos mecanismos redistributivos organizados por el estado ateniense. Sería este sector el que habría sido objeto de las presiones de los poderosos para reinstalar o revitalizar ciertos lazos de dependencia de tipo clientelar. Pero el reconocimiento de estas circunstancias no invalida el cuadro general planteado respecto de la vigencia del campesinado mediano como sujeto social de la democracia y del ideal de ciudadano. En este sentido, la crisis de este sector se produciría cuando Atenas quedó sometida al poder de los regentes de Macedonia y su elite aristocrática halló entonces la posibilidad de realizar una acumulación de riqueza trastrocando a su favor la distribución de la tierra. Es entonces cuando esta historia de los campesinos áticos llega a su fin, al mismo tiempo que culminan la historia del desarrollo de Atenas como *pólis* autónoma y la de su democracia.

# CAPÍTULO 1

## EL CAMPESINADO ÁTICO Y LA POLÍTICA

El desarrollo de la democracia en la Atenas clásica se ha atribuido, entre otras cosas, al hecho de que el campesinado hubiera logrado fortalecer su posición social en la *pólis* luego de la crisis presoloniana, manifestada de manera violenta a comienzos del siglo VI a.C., pero cuyas raíces se retrotraerían por lo menos al siglo anterior. Por ende, la democracia ateniense sería un efecto directo del lugar que pasarían a ocupar los granjeros a la salida de la *stásis* (Wood, 1988; cf. Ober, 1996: 123-24, 135-39). Según esta interpretación, a partir de las reformas de Solón los agricultores atenienses vieron elevarse su condición social una vez que se les asignaron derechos en la comunidad política, esto es, cierta participación en la toma de decisiones del gobierno. La imagen de una Atenas habitada principalmente por campesinos libres, y definida políticamente en torno a esta presencia, resultaría así de las transformaciones políticas instrumentadas por Solón<sup>1</sup>. Sin embargo, la obtención por parte de los campesinos de estas prerrogativas políticas no implicó que también consiguieran mejoras socioeconómicas inmediatas, tales como una redistribución de tierras. Pero a partir de entonces, y en virtud del derecho de ciudadanía, los labriegos atenienses no volverían a caer bajo la dependencia directa de los terratenientes. Mientras tanto, su situación socioeconómica tendería a mejorar a través de medidas orientadas a limitar la influencia que los aristócratas pudieran ejercer sobre los campesinos, como aconteció durante la tiranía de Pisístrato. En este escenario, Clístenes realizaría las reformas que sentarían las bases de la condición sociopolítica de las aldeas que imperaría durante la vigencia de la democracia ateniense –lo cual, obviamente, afectaría significativamente al campesinado (Osborne, 1985a: 64-95; cf. 1990).

Partiendo de estas caracterizaciones, a lo largo de este capítulo postularemos que la configuración territorial del Ática sobre la base de la

---

1 Finley (1984), 103-23; de Ste. Croix (1981), 213, 225; Osborne (1985a), 142; Carter (1986), 76-98; Millett (1989); Markle (1990); Hanson (1995); (1996), 302-7; Cartledge (1995); Garnsey (1998), 93; Samons (1998).

pauta de la comunidad aldeana constituyó uno de los soportes centrales de la experiencia política ateniense así como del papel de los agricultores en dicho proceso. En función de esto, y como una suerte de síntesis del recorrido histórico que desplegaremos a lo largo de este libro desde diversos ángulos, en estas páginas ensayaremos un mirada de conjunto sobre los ejes que luego desarrollaremos más detenidamente, desde la situación previa a las reformas de Solón hasta las consecuencias de la Guerra del Peloponeso sobre el campo ático, los labradores y los cambios durante el siglo IV a.C. en la política estatal con respecto al territorio rural. Tomando en cuenta la idea aristotélica de que la mejor forma de democracia es aquella basada en el pueblo campesino, entre otras cosas porque, aun cuando reúna las prerrogativas necesarias, no interviene mucho en la toma de decisiones, se busca demostrar que, una vez que las reformas de Solón vinieron a poner fin a las diferentes formas de dependencia interna, los labriegos áticos empezaron a tener un papel activo en el delineamiento de la vida política ateniense, tanto en el plano local de los demos como en el plano de las instituciones centrales, como la asamblea o el consejo. A diferencia de otros ejemplos, en el caso de Atenas la incorporación política plena fue la forma dominante que caracterizaría la articulación entre las aldeas campesinas y la estructura gubernamental.

### **Aldeas, poblamiento rural y diferenciación social arcaica**

Un breve cuadro de las condiciones socio-históricas de la Atenas arcaica<sup>2</sup>, que en general no diferiría de otras comunidades del período, nos muestra cuatro características centrales. En primer lugar, se verifica la presencia de comunas rurales en las que se aglutinaban las propiedades agrarias familiares, aldeas cuyos orígenes se remontarían a la edad oscura, aunque muchas se instauraron durante la era arcaica. Estas comunidades, como veremos, terminarían congregándose en torno a la ciudad a partir del sinecismo (cf. Valdés, 2012e). Una vez llevado a cabo este proceso, la nueva entidad surgida articularía su dinámica de funcionamiento sobre

---

2 Andrewes (1982) brinda una lúcida interpretación de la Atenas arcaica, desde la unificación hasta la tiranía de Pisístrato. Stanton (1990) ha realizado una valiosa compilación de las fuentes literarias disponibles para el estudio del período, con traducción al inglés y comentarios históricos interesantes. Ver ahora los trabajos reunidos en Blok & Lardinois (eds. 2006).

ciertos principios organizadores ligados a la comunidad aldeana<sup>3</sup>. En segundo lugar, se debe consignar el desarrollo de la urbanización ligado a la estructuración de ciertas instituciones que trazarían una división con respecto a las costumbres más tradicionales (el “prederecho”) y que, de alguna manera, comenzarían a instituir la justicia y el derecho de la *pólis*<sup>4</sup>. En tercer lugar, es necesario mencionar a los grupos sociales de la Atenas arcaica, fundamentalmente, a los aristócratas terratenientes de la parte central del Ática (*eupatridai*)<sup>5</sup>, quienes desde el centro urbano van a ser los que controlen buena parte del poder institucional, y una multitud (*plêthos*) básicamente de campesinos que vivían en agrupamientos rurales o colectivos de aldea unidos a la ciudad a raíz del sinecismo<sup>6</sup>. Por último, se deben contemplar dos sucesos que presentan diversas conexiones con la organización de la *pólis* ateniense y su cuerpo de ciudadanos antes de las reformas de Solón: la conformación de la infantería de soldados hoplitas, la primera codificación de las leyes atribuida a Dracón. Aunque no es nuestra intención adentrarnos aquí en un análisis específico de estos hechos (cf. Manville, 1990: 78-82), cabe señalar que ambas cuestiones aparecen articuladas en la *Constitución de los atenienses* atribuida a Aristóteles, dando a entender que la constitución draconiana habría sido un factor importante en el proceso de incorporación al cuerpo cívico de los labradores capaces de poseer armas, pues “la plena ciudadanía se les daba a los que tenían su armamento de hoplitas” (Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 4.2), una visión que de todos modos se debe manejar con cuidado en la medida en que se halla marcada por “explicaciones” desarrolladas durante el siglo IV. Pero de ser cierta esta posibilidad, ello nos permitiría trazar una distinción dentro de la mul-

- 
- 3 Sobre las formas adquiridas por estos establecimientos aldeanos, en especial durante el período clásico, véase Jones (2004), 91-123, que conforme a la documentación epigráfica propone tres posibles modelos: conjuntos relativamente poco organizados de hogares individuales; comunidades internamente cohesionadas en las que la aldea tiene prioridad sobre el hogar y el individuo (aplicable a entidades alejadas del centro urbano); comunidades “dormitorios” de urbanitas funcionales (aplicable a entidades cercanas al núcleo urbano).
  - 4 Sobre esto, de manera general, ver Gernet (1980), 153-226, 323-332. Respecto de la urbanización ateniense, Demand (1990), 18-19. La reorganización política y religiosa del ágora ateniense es estudiada por Valdés (2002e), 5-47. Por su parte, Hansen (2004c) ha planteado que, en las fuentes, *pólis* se refiere casi siempre al estado en relación con el núcleo urbano como centro básicamente político.
  - 5 Respecto de los eupátridas ver Valdés (2012c); (2012e), 246 ss., que desarrolla la idea de que los eupátridas eran los nobles de la zona central del Ática, el *Pedion*.
  - 6 Cf. Gallego (2009), 46-57, sobre el poder de la aristocracia a partir del control de las instituciones de la ciudad.

titud de campesinos: existirían quienes habrían podido detentar ya en estas fechas el rango de hoplitas y, eventualmente, quedar políticamente integrados a la ciudadanía. En este sentido, la situación política de la Atenas arcaica no debió haber sido muy diferente de la de otras *póleis* en las que los labradores soldados comenzaban a pugnar por insertarse institucionalmente, enlazando su rol en la falange con su intervención en las deliberaciones. Aunque, como veremos en el próximo capítulo, esta afirmación debe ser matizada a partir de las presiones que la aristocracia habría ejercido sobre el conjunto del campesinado, incluyendo a los agricultores medianos, en pos de someterlos a dependencia.

Más allá del predominio aristocrático ya señalado, resulta claro que la configuración agraria de la Atenas arcaica obedeció al desarrollo de las comunas aldeanas. Sabemos que la situación del Ática posterior a los reinos micénicos era la de un territorio poco habitado, y esto continuó siendo así al menos a lo largo de los dos siglos subsiguientes al colapso de la sociedad palatina, pues la mayor parte de los habitantes, concentrados en la propia ciudad de Atenas —que en ese entonces no era más que un conglomerado de poblados—, parece haber desistido de vivir en pequeñas aldeas<sup>7</sup>. Los datos arqueológicos indican que durante el siglo VIII el Ática comenzó a poblarse. Según Snodgrass, entre 780 y 720 a.C. la población se multiplicaría de manera notable. El estudio de las tumbas halladas en Atenas propiamente dicha y en el resto del Ática, le permite concluir que hubo un desplazamiento ligero pero neto de la ciudad hacia el campo (Snodgrass, 1986: 16-23), dato en verdad sintomático, puesto que Atenas participó escasamente de la expansión colonial en la que se embarcaron muchas comunidades griegas en la era arcaica. Por esta causa, la población ateniense no conoció, al menos en un primer momento, una falta de tierras que la impulsara a emigrar, cosa que sí experimentaron aquellos que tempranamente tuvieron que hacerlo.

El sinecismo de la Atenas arcaica se basa enteramente en la presencia de comunidades rurales que se expanden o se generan a raíz del aumento poblacional<sup>8</sup>. Los habitantes del Ática se aseguraron el control de los territorios mediante la instalación de comunas agrarias (Snodgrass, 1986:

---

7 Coldstream (1968), 336. Sobre el poblado urbano de Atenas, Snodgrass (1986), 29-32: a comienzos del siglo VIII Atenas era un centro cuasi-urbano, poco más que un agrupamiento de aldeas donde se refugiaba la población rural, lo cual supone una situación similar durante los siglos X y IX. Ver ahora Valdés (2012e), 25-35.

8 Cf. Valdés & Plácido (1998); Plácido (2001); Valdés (2001a); (2002e), 107-33; (2011b); (2012e), *passim*. Para una visión contraria a la aquí adoptada, que descrece de un sinecismo temprano, ver Anderson (2003).



33-37; Valdés, 2012e: 96-97), lo cual implicó una suerte de colonización interna en la que los miembros de las aldeas hallaban alguna forma de acceso a la tierra<sup>9</sup>. Este hecho se perpetuó después del sinecismo, debido a lo cual, como dice Tucídides, la mayoría estaba habituada a vivir en el campo (*en toís agroís*) y no en la ciudad. Tucídides también habla del sinecismo ateniense asociándolo con una acción deliberada de Teseo<sup>10</sup>. De su relato se extraería que el Ática como base territorial del estado ateniense sería el producto no sólo de una colonización interna sino también de un sinecismo típico que unificaría a las aldeas e incluso a otras organizaciones que propendían ya hacia formas políticas, religiosas y espaciales propias de una *pólis*<sup>11</sup>. La expansión territorial se habría atenuado durante una parte del siglo VII a causa de los problemas agrarios de la época, pues el campesinado habría comenzado a ver restringida su movilidad social y espacial a raíz del avance de la aristocracia, aunque también debería considerarse, como ya señalamos, la presencia de labradores medianos que se desempeñarían como hoplitas y que, conforme

- 
- 9 Traill (1975), 73 n. 3, alegaba que “todo el territorio del Ática, con unas pocas excepciones, debe haber estado asociado teóricamente, si no realmente, con uno u otro demo”. En general, las bases territoriales de los demos clisténicos se fijaron conforme a condiciones previas, dado que los centros aldeanos (más allá de su diversa constitución) eran una realidad tangible y sus pobladores estaban ligados a una extensión de tierra establecida, cuyas fronteras geográficas naturales solían estar más o menos determinadas separando un área de otra. Sobre la naturaleza territorial de los demos áticos, Langdon (1985); Osborne (1985a), 47-63; Whitehead (1986), 8-9, 75-77, 152-58; asimismo, Nemes (1980); Lohmann (1992). Recientemente, cf. Jones (1999), 56-81, 133-43.
- 10 Tucídides, 2.14-16; Plutarco, *Teseo* 24-25; Según Estrabón, 9.1.21, que recoge una información de Filocoro, fue Cécrope el que reunió a la población de las doce ciudades previas, que en los léxicos bizantinos son llamadas *kômai*. La relación, imaginaria, entre la actuación de Teseo y los sucesos históricos que se colocan bajo su égida es, obviamente, la forma mítica en que se piensa la fundación misma de la *pólis* en la propia Atenas. Esta construcción imaginaria puede verse operando en diversas fuentes literarias; cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 41.2, y algunos fragmentos del principio. Diamant (1982), analiza el problema de Teseo y la unificación del Ática en el marco de la era arcaica. Walker (1995), 14-15, 195-96, plantea que ya en el siglo VIII Teseo se había convertido en un referente de la unidad entre Atenas y el Ática. Cf. Mills (1997), 12-13, 26-27, 97-98; y sobre todo Valdés (1997); (2011b). Goušchin (1999) sitúa en el marco del siglo V la revalorización las referencias literarias a Teseo y el sinecismo. Al respecto, Anderson (2003), 48-51, 134-36, 174-77; asimismo Connor (1996). El asunto ha sido analizado recientemente por Valdés (2009b).
- 11 Coldstream (1977), 135; Morris (1987), 195; Whitley (1991), 58-59. Cf. Cavanagh (1991), 107-8. Ver ahora Valdés (2012e), 175-209.

a la *Constitución de los atenienses* aristotélica, habrían sido incorporados a la ciudadanía<sup>12</sup>.

De cualquier modo, la acumulación económica y política de la aristocracia en detrimento de un campesinado degradado se hace bien evidente a lo largo del mencionado siglo (cf. Gschnitzer, 1987: 106-19; ver Capítulos 2 y 3). Este poder de los terratenientes se percibe fundamentalmente en el hecho de que una gran masa de pobres rurales había caído bajo su dominación a través de una relación que los sometía a la situación de esclavitud por deudas, lo cual implicaba que los campesinos empobrecidos quedaran excluidos de una serie de prerrogativas, hecho cuyo punto extremo se comprobaría en el caso de los vendidos como esclavos fuera de Atenas. De alguna manera, la pertenencia plena a la *pólis* arcaica –si es que esto puede ser planteado así– se establecía según la posición de los individuos con respecto a la propiedad de la tierra, elemento que ponía de manifiesto el carácter conservador de la organización política, “pues su constitución era en todo oligárquica” (Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 2.1-3; cf. Plutarco, *Solón* 13.4-5). Como ya hemos visto, en época de Dracon sólo los que tenían haciendas libres y un mínimo determinado de propiedad podían eventualmente acceder al derecho de ciudadanía, e incluso esto no es muy claro en la medida en que muchos campesinos con tierras sufrían los embates de la aristocracia. Quedaba así delineada una doble implicación: sólo se conseguía ser miembro pleno de la comunidad siempre y cuando se poseyeran tierras libres de toda carga, pero, a su vez, sólo se podía ser poseedor de haciendas libres si se pertenecía a la ciudad. El desarrollo de la esclavitud por deudas resulta un ejemplo evidente de esto, puesto que aquellos que caían en esta situación dejaban en términos positivos de integrar la comunidad, y ello por dos motivos: por un lado, habían perdido los requisitos efectivos de usufructo autónomo de la tierra; por el otro, habían perdido la condición de libertad (cf. Raaflaub, 2004: 45-57). En su poesía, Solón manifiesta claramente que los caídos en esclavitud no tenían demasiados derechos, lo que a los fines prácticos debió significar lisa y llanamente la exclusión de la comunidad. Todo

---

12 Sobre esta cuestión, Coldstream (1968), 362. En torno a la desaceleración de la expansión demográfica, McK. Camp II (1979), 400 n. 10. Estos dos elementos sugieren que el Ática pudo absorber el aumento poblacional y que la nobleza rural comenzó a competir con el campesinado por el control del territorio, lo cual produciría una merma en el movimiento de ocupación de la *khóra*. Forsdyke (2006) ofrece una imagen un poco diferente.

esto prescribía las potencialidades de un conflicto civil, que finalmente estallaría de manera violenta cuando el pueblo se levantó contra los nobles (Solón, 3D lin. 17-25).

Lo anterior nos estaría mostrando la exclusión de la mayor parte de los campesinos de las esferas políticas e institucionales de la ciudad, aunque algunos agricultores acomodados no se habrían visto inevitablemente alcanzados por esta situación en tanto lograran mantener su posición. En efecto, al igual que en otras *póleis*, en Atenas los problemas socioeconómicos se manifestarían entre las clases agrarias empobrecidas, que una generación después de la época de Dracón se rebelaron, dando lugar a las reformas de Solón sobre la esclavitud, las deudas, la tierra y, en definitiva, la ciudadanía. En este marco, podríamos entonces argumentar que si bien las aldeas campesinas podían estar ya integradas en la *pólis* como entidad mayor y tuteladas desde el centro urbano, es probable que de hecho hasta comienzos del siglo VI los integrantes de las aldeas no se vieran a sí mismos como parte de la organización global de la *pólis*, percibiendo a las instituciones de la ciudad como algo externo a sus propias formas comunitarias.

A partir de las políticas de Solón y Pisístrato se produjo una nueva aceleración del proceso de instalación de aldeas en el campo ático. Atenas apareció entonces como una suerte de “sociedad campesina”, lo cual no supuso obviamente que no existieran disparidades sociales entre los atenienses. Más allá de la merma antes mencionada, el continuo establecimiento de aldeas hizo posible que entre los siglos VIII y VI la comuna rural se constituyera en un modo de poblamiento de la *khóra*, a la vez que en una forma precisa de organización social del espacio agrario. Al comenzar la Guerra del Peloponeso, Tucídides corroboraba la vigencia aún de esta condición entre los atenienses: si bien habían acatado la política de Pericles de protegerse dentro de las murallas de la ciudad, “este traslado involuntario les resultó muy penoso, pues la mayoría de ellos estaban habituados a vivir en el campo” (cf. Borgeaud, 1993: 269; Plácido, 1997: 144-57). En efecto, según lo que consignaba el propio Tucídides:

“... Los atenienses disfrutaron por mucho tiempo de esta modalidad de asentamiento autónomo en el campo, y aún después de que se produjo el sinecismo, por haber nacido y haberse acostumbrado la mayoría de los antiguos y sus posteriores descendientes hasta esta guerra de ahora a vivir en el campo, siguiendo la tradición... Estaban apesadumbrados y soportaban con gran dolor abandonar por completo sus casas y sus

templos, que habían sido tradicionalmente suyos por siempre, desde tiempos de la antigua constitución, y verse a punto de cambiar su tipo de vida, tras haber tenido que abandonar cada uno algo que representaba no otra cosa que su propia ciudad” (Tucídides 2.14-16).

Es en este contexto donde el historiador se refiere al ya mencionado sinecismo de Teseo, que habría producido una centralización del poder tanto en el orden político como en el religioso pero sin cambios en las maneras reales de ocupación del espacio. Tucídides había percibido ciertas diferencias entre Atenas y el resto de las ciudades, y argumentaba que “los demás pueblos no alcanzaron un desarrollo igual a causa de las migraciones”. En otras ciudades las luchas habrían sido más agudas que en Atenas, a raíz de lo cual, los hombres “expulsados de otra región de Grecia por la guerra o por una revuelta interna, se refugiaban en Atenas por considerarla un lugar estable, y haciéndose al punto ciudadanos contribuyeron desde antiguo a engrandecer aún más la ciudad por el número de sus habitantes” (Tucídides 1.2.4-5). Sobre esta base Atenas conocería su excepcional desarrollo político, pues a partir de Clístenes las comunas aldeanas adquirirían un papel estatal fundamental<sup>13</sup>.

Pero antes de avanzar en esta dirección es menester abordar el suceso singular producido por la política soloniana, en la que la delimitación de la ciudadanía y el ascenso sociopolítico del campesinado se entrelazan constituyéndose en el soporte de la *pólis* ateniense e incluso del desarrollo posterior de la primera democracia. Ciertamente, la acción de Solón debería concebirse como la efectuación de un imaginario político, en el que la *pólis* se establece como la vigencia del principio de pertenencia a la comunidad ciudadana a partir de la libertad de sus miembros. Dicho de otro modo, la *pólis* entraña la participación de todos los hombres libres nacidos en Atenas y este es el verdadero acontecimiento producido por Solón. En este sentido, la figura del legislador es la traza del primer advenimiento político del *dêmos*.

## Ciudadanía y campesinado a partir de Solón

En efecto, en la Atenas de finales del siglo VII aflora con fuerza la *stásis* polarizando a la ciudad en dos sectores contrapuestos: la aristo-

---

13 Thompson (1971), 72: “Los demos eran incuestionablemente unidades locales, pero eso no significa que tuvieran límites formales o que estos límites fueran de alguna significación en las reformas de Clístenes”. Por consiguiente, cabe suponer junto con el autor, que Clístenes “trató a los demos como una serie de aldeas aisladas, no como bloques de territorio”.

cracia terrateniente y la muchedumbre de los campesinos dependientes. Aristóteles indica que los nobles habían sometido a la mayoría del pueblo a una situación de esclavitud por deudas, siendo esclavos tanto los pobres como sus familias y encontrándose comprometida la propia tierra en esta situación. La solución a esta *stásis* sería, como ya dijimos, la elaboración política de la *pólis*, según la forma que esta adquiriría a inicios del siglo VI como resultado del accionar de Solón, elegido árbitro y arconte para que diera nuevas leyes y reorganizara la ciudad (Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 2; 4.5; 5.1-2; 6.1).

Hemos hablamos de dos aspectos inherentes a las reformas solonianas: ciudadanía y campesinado. ¿En qué sentido lo decimos? En un pasaje fundamental para la situación sociopolítica de la Atenas arcaica, Solón señala con respecto a esto lo que es ya bien conocido:

“... La madre ilustre de los dioses olímpicos, la excelsa, la negra Tierra, de la que otrora yo arranqué los mojoneros hincados por todas partes. La que antes era esclava, es ahora libre. Y conduje de nuevo a Atenas, su patria fundada por los dioses, a muchos vendidos unos justa y otros injustamente, y a aquellos huidos por urgente necesidad que la lengua del Ática ya no hablaban, de tanto deambular por doquier. Y a los que aquí padecían humillante esclavitud, temerosos de sus amos, los hice libres” (Solón, 24D lin. 4-15).

Se trata, ciertamente, de la remoción de las cargas o abolición de las deudas (*seisáktheia*). No es nuestro objetivo tratar ahora los diversos elementos asociados con este controvertido asunto, que será desarrollado en los próximos capítulos<sup>14</sup>, pero sí proponer una lectura del texto de Solón en clave del problema del acceso a la tierra y la presencia política

---

14 Ver Capítulos 2 y 3. La bibliografía es extensísima y no sería atinado abordarla en un estudio de las características de este capítulo. Citamos aquí los trabajos que, tanto en el acuerdo como en el desacuerdo, han sido útiles para nuestros fines: Cataudella (1966), 7-127, con la crítica de Éd. Will (1969). Sobre la situación de los campesinos en relación de dependencia rural, von Kritz (1940); (1943). Más recientemente, cf. Ando (1988); Ribeiro Ferreira (1989); Rihll (1991); Molina (1998). Un estudio introductorio al tema de los *hóroi* puede verse en Gernet (1980), 313-22. En su análisis del tema, Finley (1984), 169-88, infería que según su origen había diversos tipos de dependientes (esclavos por deudas, *hektémoroi*, *pelátai*); véase Mossé (1979b) y, en especial, Morris (2002), 31-41. Sobre las condiciones económicas generales, la propiedad de la tierra, la fuerza de trabajo dependiente, cf. Hammond (1940); (1961); French (1956); (1962); Cassola (1964). Respecto de la legislación agraria soloniana, Lewis (1941); Murray (1983), 165-82; Wood (1988), 89-98; L'Homme-Wery (2004); asimismo Harris (1997); Domínguez Monedero (2001), 19-23, 51-57. Tanto Gallant (1982) como Foxhall (1997) aportan, de distintas maneras, importantes análisis de los sistemas agrarios en relación con las reformas solonianas. Últimamente, el problema ha sido reconsiderado en los análisis llevados a cabo por Paiaro (2011); (2013).

del campesinado tras la acción del legislador. El primer elemento que convoca nuestra atención radica en la atribución, por parte de Solón, de situaciones de esclavitud o libertad a la Tierra divinizada. En efecto, no es a un hombre al que el legislador convocaría en caso de requerirse un hipotético testimonio sino a la propia tierra, que a partir de su intervención va a dejar de ser esclava y se hará libre. Como ha planteado Paola Miceli (2008: 5) para otro contexto histórico, si bien la tierra no es la portadora de un derecho, todo ocurre como si la tierra se considerara como una suerte de reservorio de las prácticas que sus habitantes o usufructuarios desarrollan:

“Es ella, más allá de los que la habitan, la que posee dichos hábitos: sus moradores son meros instrumentos de la tierra que se comporta como estructura, como reservorio de un conjunto de reglas que los hombres deben respetar. Los hombres en tanto habitantes de ese territorio devienen practicantes de un orden jurídico que les precede... Instituida como reservorio de las normas todo ocurre como si la tierra fuera la institución que instrumentaliza a los hombres en tanto apéndices orgánicos de la naturaleza inorgánica”<sup>15</sup>.

¿Qué implicaciones puede tener lo anterior en una interpretación de la situación del campesinado y su relación con la tierra después de las reformas solonianas? La cualificación de la tierra como esclava entraña, conforme a la propuesta de Miceli, que quienes habiten esa tierra serán también esclavos, en tanto que se trata de un orden al que los hombres deben atenerse. El carácter instrumental de los moradores del territorio esclavo los convierte a ellos mismos, apéndices de la tierra, en esclavos. Por analogía, cuando la tierra deviene libre, la cualidad de instrumento de los habitantes hace que ellos adquieran, por añadidura, una característica semejante. El orden sigue atribuyéndose a la madre suprema de los dioses, la negra Tierra. Es en un segundo lugar en que hallamos mencionada la condición humana: vendidos, exiliados, esclavos. Pero todos parecen cambiar su estatuto una vez que son arrancados de la tierra los mojones hincados por doquier, que mostraban la esclavitud que la identificaba. Una derivación importante de este análisis es que si tanto antes como después de Solón la tierra transmite su condición a los hombres, pasando una y otros de la esclavitud a la libertad, habría

---

15 De algún modo, se trata de entender los versos solonianos metafóricamente, pero en una forma diferente a la que plantea Harris (1997), 104-7.